



Volantín
de Papel

3º
básico

Alma contra el Pulpo de los Vistos



NAVE DE PAPEL

Alma contra el Pulpo de los Vistos

Colección Volantín de papel - 3.º básico

© 2026 Nave de Papel. Todos los derechos reservados.

Índice

Antes de leer.....	4
1. La vuelta al mundo desde el living.....	7
2. Juegos para rescatar adultos	18
3. La caja de los juegos antiguos.....	29
4. Mamá antes de ser mamá.....	36
5. El Tigre del Pasaje	40
6. Oficina de reclamos	45
7. Plan del Tesoro sin Batería	49
8. Operación Tesoro sin Batería.....	54
9. El tesoro familiar	59
10. Las pistas de la casa.....	63
11. Pan y pasado	68
12. La isla sin señal	75
CONVERSEMOS	80

Antes de leer...

La Brújula Nave de Papel

Toda historia es un viaje. Antes de comenzar, mira, imagina y **piensa qué te gustaría descubrir mientras lees.**

En este libro encontrarás algunos juegos y desafíos. Puedes buscar pistas, imaginar qué ocurrirá, descubrir ideas importantes o volver a una parte de la historia cuando lo necesites.

No siempre tendrás que escribir. También puedes responder dibujando, señalando o conversando.

Las señales de tu brújula

 Busco una pista  Imagino qué puede pasar

 Quiero descubrir algo  Descubrí algo importante

 Vuelvo a leer o mirar

Cuando veas una señal de la Brújula Nave de Papel, podrás ***detenerte un momento para pensar, descubrir o jugar con la lectura.***

Cada señal te recuerda algo que puedes hacer para comprender mejor la historia.



Para acompañar este viaje

La Brújula Nave de Papel invita a anticipar, buscar pistas, comprobar ideas, volver al texto y *conversar* sobre lo leído.

Cuando aparezca una señal, permita primero que el niño o niña piense.

Puede acompañarlo con preguntas como:

“¿Qué crees que está pasando?”

“¿Qué pista te hizo pensar eso?”

“¿Se cumplió lo que imaginabas?”

“¿Quieres volver a mirar alguna parte?”

Si una respuesta no aparece rápido, no es necesario darla de inmediato.

Pueden volver juntos al texto o a las imágenes y buscar otra pista.

Leer juntos no es solo encontrar respuestas correctas. Algunas preguntas tienen su respuesta en la historia; otras admiten distintas interpretaciones, siempre que podamos explicar qué pistas del texto o de las imágenes nos hicieron pensarlas.

Detective de portadas:

Mira con atención el título y la portada.

¿De qué crees que tratará esta historia?

*Creo que Alma tendrá un problema con*_____

Una pista de la portada que me hace pensar eso es

1. La vuelta al mundo desde el living.

Alma llegó del colegio con la mochila abierta, una rodilla manchada de tierra y una idea tan grande que no le cabía completa en la cabeza.

La idea venía saltando desde el segundo recreo. Primero había sido chica, del tamaño de una goma de borrar. Después creció durante la clase de Matemáticas, se subió arriba de una resta con reserva y no dejó que Alma pensara en otra cosa. En Lenguaje ya tenía forma de mapa. En Ciencias Naturales le salieron volcanes. Y cuando sonó el timbre de salida, la idea ya era del tamaño de un continente entero.

Por eso Alma caminó rápido desde el furgón hasta la puerta de la casa. Muy rápido. Casi trotando, pero no trotando del todo, porque mamá decía que no se debía correr con la mochila abierta y porque, además, si trotaba demasiado se le podían escapar los lápices, las migas de galleta y un papelito donde había escrito:





Mamá abrió la puerta con el celular apretado entre la oreja y el hombro.

—Sí, sí, lo vi... No, mándamelo de nuevo por *WhatsApp*... No, no me llegó... Espera, entró Alma.

Alma levantó una mano como reina saludando desde un balcón.

—Vengo con una misión.

—Déjame terminar y te escucho.

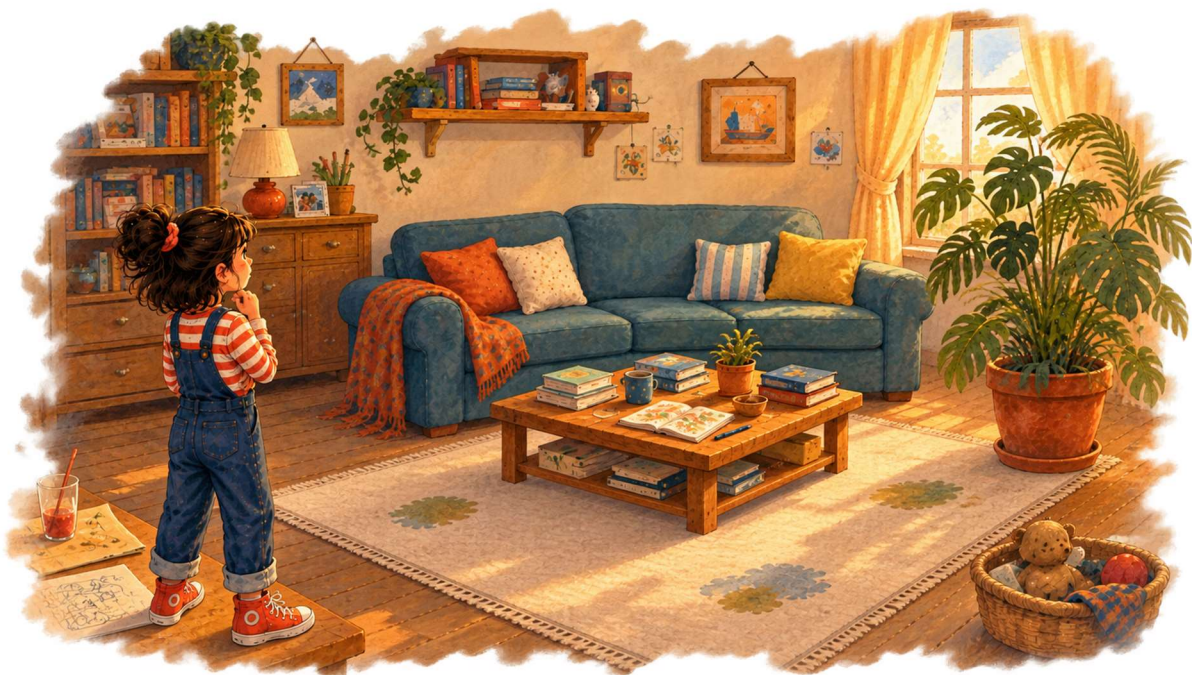
Alma conocía esa frase. “Déjame terminar” podía durar dos minutos, una hora o hasta el día entero.

Alma fue al living a paso rápido, tiró la mochila al suelo, sacó tres cojines del sillón, una manta azul, dos individuales

de la mesa y una boleta del supermercado que encontró debajo de una zapatilla.

El living era casi perfecto para viajar por el mundo.

Tenía un sillón largo que era una perfecta cordillera, una mesa de centro que servía como isla, y una planta en macetero que, si una no la miraba demasiado fijo, podía pasar por selva. También había una alfombra con manchas de jugo antiguo que perfectamente podían ser lagunas, pantanos o países desconocidos.



Alma se arrodilló en el suelo y empezó a dibujar con plumón azul sobre una hoja de cuaderno:



Luego fue a la cocina. Mamá seguía en el teléfono.

—Sí, pero eso hay que enviarlo hoy... No, no, espérame un segundo.

Alma abrió el cajón donde estaban los lápices, las pilas que nadie sabía si servían y las llaves que no abrían ninguna puerta conocida.



—Mamá, ¿dónde está el timbre?

—¿Qué timbre?

—El timbre de poner visas.

Mamá tapó el celular con la mano.

—No tenemos timbre de visas, Alma.

—Entonces, ¿cómo va a entrar la gente a los países?

Mamá la miró como si quisiera responder bien, pero al otro lado del teléfono alguien dijo algo urgente.

—Usa... usa el lápiz rojo, mi amor. Ahora voy.

Alma volvió al living con el lápiz rojo. “Ahora voy” era prima de “déjame terminar esto”. Las dos vivían juntas en una casa invisible donde los adultos guardaban las promesas por cumplir.

Papá llegó con el pan de la once y el celular en la mano.

—Necesito pasajeros —dijo Alma a modo de saludo.

Papá dejó el pan sobre la mesa del comedor y miró el suelo. Había cojines alineados, una manta azul extendida como océano y una silla puesta de lado con un cartel que decía:



Papá sonrió.

—Esto se ve serio.

—Es serio. Hay países. Hay volcanes. Hay una isla donde solo se puede hablar con la letra P —dijo indicando cada zona.

—Parece peligroso.

—Peligrosísimo.

El celular de papá hizo un sonido corto. No fue un ring ni un pitido normal. Fue más bien como si un grillo elegante se hubiera aclarado la garganta dentro de una caja.

Papá miró la pantalla.

—Dame un *minutito*.

El *minutito* duró más que tres minutos normales juntos.

Papá se sentó sobre el sillón que hacía de Cordillera de los Andes y puso un video en el celular.

Alma fue a la cocina a hablarle a mamá.

—Mamá, tú eres la pasajera dos —dijo Alma—. Papá es pasajero uno porque llegó antes, pero tú puedes ser embajadora si quieres.

—Me encanta —dijo mamá—. ¿Partimos en cinco?

—¿Cinco minutos reales, cinco minutitos... o cinco minutos de adulto?

Mamá levantó la vista.

—Reales.

Volvió al living y mientras esperaba, preparó los pasajes.
Cortó una hoja en tres partes. En el de mamá escribió:



En el de papá escribió:



En el suyo escribió:



Alma contó hasta cien en voz baja, pausó en el sesenta y siete para decir *six seven*, pero se saltó el setenta y cuatro porque no le caía bien.

Primero pasaron los cinco minutos, después pasaron otros dos.

Al final suspiró resignada y decidió hacer el viaje sola. Visitó el País de las Sopas Voladoras y la Isla de los Calcetines Sin Par. Hasta encontró un calcetín perdido bajo el sillón.

—¡Papá, mira!

—Muy bien, hija —respondió él, sin mirarla.

La niña abrió la boca para reclamarle, pero se interrumpió al ver una sombra junto al teléfono. Era pequeña, negra y tenía tentáculos finos. Cada vez que el celular vibraba, la criatura tiraba de los dedos de papá.

Después Alma fue nuevamente adonde su mamá, iluminada por su pantalla.

Quizá sus padres no estaban ocupados, quizá estaban atrapados por esas extrañas y diminutas criaturas. O quizá Alma tenía mucha imaginación.



2. Juegos para rescatar adultos

Al día siguiente, Alma despertó decidida. No iba a rendirse.

Rendirse era para personas que no tenían plumones, cajas vacías ni una carpeta llena de *stickers* repetidos. Rendirse era para quienes no sabían que una escoba podía ser caballo, micrófono, remo, espada, antena, bastón de alcalde o detector de fantasmas.

Alma tenía ocho años, una gran imaginación y una libreta nueva que decía:



El primer intento era un juego llamado:

CAMPEONATO NACIONAL DE CALCETINES PERDIDOS

Cada participante debía encontrar la mayor cantidad de calcetines sin pareja en diez minutos. Los calcetines valían puntos según su rareza:



Alma preparó el cartel antes de que papá terminara el café.

—Papá, necesito que firmes aquí.

Papá miró el papel.

—¿Estoy autorizando una operación médica?

—No. Estás inscribiéndote en el campeonato.

—Ah, menos mal.

Firmó con una P gigante y un garabato que parecía un gusano.

—¿Y mamá?

—Está en una reunión.

Mamá estaba sentada en la pieza, frente al computador, con audífonos. De vez en cuando decía: “Sí, de acuerdo”, “Comparto pantalla” y “Perdón, estaba en mute”.

—Entonces competimos tú y yo —dijo Alma—. Pero sin celular.

Papá levantó las cejas.

—¿Sin celular por buscar calcetines?

—Es deporte profesional.

—Correcto. Disculpe, capitana.

Papá dejó el celular boca abajo sobre la mesa.

Alma lo observó con cuidado. Cerca del aparato no apareció ningún pulpo. Solo una servilleta doblada y unas migas.

—Ya —dijo—. Tiempo.

Papá partió por el lavadero. Alma revisó debajo de las camas. En dos minutos encontró un calcetín rosado suyo, uno gris de papá y uno azul que podía ser de cualquiera o de una familia anterior que había vivido en la casa.

—¡Tres puntos! —gritó.

Papá apareció desde el pasillo con un calcetín en la cabeza.

—Encontré este en el canasto de los paños.

Alma se detuvo.

—Ese no es calcetín. Es guante.

Papá se lo sacó de la cabeza.

—Tiene forma de calcetín para mano.

—Descalificado por tramposo.

Los dos rieron. Pero el celular vibró.

—Solo voy a revisar quién es —dijo papá.

“Solo voy a revisar” era peligroso. Después venía un “solo responder”. Al final el juego se quedó a medias.

El segundo intento fue:



Cuando mamá salió de la reunión con cara de haber escuchado muchas palabras pegadas entre sí, la recibió Alma.

—Bienvenida —dijo, poniéndose un paño de cocina en el brazo como garzona elegante—. ¿Mesa para una señora cansada?

Mamá sonrió.

—Mesa para una señora muy cansada.

—Perfecto. Tenemos silla con respaldo y vista al refrigerador.

Mamá se sentó.

Papá apareció detrás.

—¿Hay menú ejecutivo?

—Hay menú invisible. Sale gratis, pero igual hay que dejar propina.

—Me parece justo.

Alma les entregó cartas. Mamá la leyó con atención.

Papá fingió ponerse lentes, aunque no tenía lentes.

—Yo quiero empanadas de aire —dijo mamá.

—¿Horneadas o fritas en viento norte?

—Fritas. Hoy necesito grasa imaginaria.

—Buena elección.

—Yo quiero porotos invisibles —dijo papá.

Alma fue a la cocina, hizo ruidos con cucharas, abrió y cerró cajones, revolvió una olla vacía y volvió con dos platos sin nada.

—Cuidado, está caliente.

Mamá sopló la comida invisible.

Papá tomó un bocado invisible con el tenedor.

—Mmm... Está muy transparente.

Alma apuntó en una libreta de garzona.

—¿Le falta sal?

—Le falta existencia, pero de sabor está bien.

Mamá se rio. Papá también. Alma sintió que algo se abría en el pecho, como cuando una ventana se destraba después de mucho empujar.

Mamá iba a hablar, pero sonó su teléfono. Se paró y fue a la cocina a hacer una llamada.

La mueca de Alma no cedió ni con los chistes incómodos de papá.

Alma esperó hasta después de hacer las tareas. Mamá estaba revisando mensajes del curso. Papá estaba mirando algo del banco, o del fútbol, o del banco y el fútbol al mismo tiempo, porque los adultos tenían talento para mezclar preocupaciones.

Alma fue a su pieza, sacó una chaqueta, una bufanda, unos lentes de sol y un cepillo de pelo. Se vistió como presentadora de televisión importante. Luego puso dos sillas frente al sillón, fabricó una cámara con una caja de remedios vacía y pegó en la pared un cartel:

**CANAL 8 PRESENTA:
ENTREVISTA A LOS ADULTOS MÁS DIFÍCILES DE CHILE**



Arrastró una silla hasta el living y habló con voz seria:

—Buenas tardes, país. Interrumpimos su programación para una entrevista exclusiva.

Papá levantó la vista.

—¿Estoy en la tele?

—Sí. Pero en una tele seria, así que no hagas caras.

Mamá sonrió sin soltar el celular.

—¿De qué se trata?

—De ustedes.

Alma puso la caja-cámara frente a ellos.

—Primera pregunta: ¿es verdad que los adultos pueden mirar una pantalla y decir que están escuchando al mismo tiempo?

Papá tosió.

Mamá bajó lentamente el celular.

—Pregunta difícil.

—Responda, por favor. El país necesita saber.

Papá se acomodó en el sillón.

—Bueno, a veces uno cree que puede.

—¿Y puede?

Papá miró a mamá.

Mamá miró a papá.

—A veces no tanto —dijo ella.

Alma acercó el cepillo-micrófono.

—Siguiente pregunta: cuando dicen “ya voy”, ¿cuánto demora en realidad?

Papá sonrió.

—Casi lo mismo que dura “un minutito”, un “altiro” o un “ahora sí”.

La siguiente vez que sonaron sus celulares, ni papá ni mamá se atrevieron a tomar sus teléfonos.



Alma sonrió porque tuvo una idea brillante. No se iba a rendir hasta crear el mejor juego familiar del mundo entero.

 Alma olvidó anotar sus intentos en la libreta y no recuerda el

orden.

¿Puedes ayudarla? Escribe del 1 al 3. (Vuelve a mirar las páginas anteriores si lo necesitas)

☐

Entrevista a los adultos.

☐

Campeonato Nacional de Calcetines Perdidos.

☐

Restaurante de comida invisible.

Escoge uno y completa. ¿Qué esperaba conseguir Alma con ese intento?:
